

La Gran Omisión (1/3)

Dr. Justo L. González



Primera Iglesia Bautista de Yauco
Puerto Rico
7 de marzo de 2013

La Gran Omisión (1 de 3)

Mateo 28.19-20

Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.

La Gran Comisión, el pasaje que sirve de fundamento bíblico para esta convención, es uno de los dos principales textos bíblicos que a través de los siglos la iglesia cristiana ha empleado como fundamento de su misión. El otro es la promesa del Espíritu en Hechos.

¿Por razón de la Gran Comisión creyentes de todos los países, de todas las razas, de todas las latitudes, varones y mujeres, han abandonado sus hogares, han cruzado fronteras, han aprendido lenguas, y han dado la vida para hacer discípulos entre todas las naciones, entre todas las razas, en todas las latitudes—varones y mujeres que han sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y a quienes se les ha enseñado que guarden todas las cosas que Jesús nos ha mandado.

Al llamado de “id y haced discípulos” aquellos primeros creyentes se derramaron no solo por toda Jerusalén en aquel primer Pentecostés, sino también por toda Judea, Samaria, y hasta lo último de la tierra. Al llamado de “id y haced discípulos” Justino, el filósofo que encontró en el cristianismo la "verdadera filosofía", abrió una escuela cristiana en Roma, y por ello pagó con la vida. Al llamado de “id y haced discípulos” los creyentes esparcieron su fe por los mercados, por los caminos, en los foros, en las ciudades. Al llamado de “id y haced discípulos” Patricio regresó

a Irlanda, la tierra donde antes había sido llevado como esclavo. Al llamado de “id y haced discípulos” Jacobo Baradeo esparció el cristianismo por todo el mundo de habla siria, desde Siria misma hasta lo ba que hoy es Irán. Al llamado de “id y haced discípulos” San Francisco fue a predicarle al Sultán. Al llamado de “id y haced discípulos” el italiano Juan de Montecorvino fue hasta Pekín, el catalán Raimundo Lulio fue a Marruecos, donde le apedrearon, y a consecuencia de ello murió, y el inglés Guillermo Carey fue a la India. Al llamado de “id y haced discípulos” la india Pandita Ramabai dedicó su vida a mejorar las condiciones de vida de las mujeres en su tierra natal. Al llamado de “id y haced discípulos” Hugo McCormick y don Bartolo Rudd vinieron a estas tierras a fundar una Iglesia Bautista.

Frecuentemente se citan frases famosas que parecen haber cambiado el curso de la historia. Alejandro el Grande: “mis funerales serán sangrientos”. Julio César al cruzar el Rubicón: *alea iacta est*—“la suerte está echada”. Genserico al saquear a Roma: *vae victis*—ay de los vencidos. Urbano II al proclamar la cruzada: *Deus vult*—Dios lo quiere. Enrique IV al entrar en París: “París bien vale una misa” Napoleón en Egipto: “Desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan”.

Cada una de esas frases marcó momentos notables en la historia de la humanidad. Pero en cuanto a su impacto sobre esa historia ninguna de ellas se acerca siquiera a estas otras palabras: “Id y haced discípulos a todas las naciones”.

Luego, si la Iglesia Bautista de Puerto Rico verdaderamente desea transformarse para educar, vivir y obedecer la Palabra, hace bien en regresar a estas palabras del Evangelio: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo de del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”.

Por otra parte, son palabras tan frecuentemente empleadas, tan estudiadas, tan comentadas, que difícilmente podríamos encontrar algo nuevo en ellas. Las leemos, y ya antes de leerlas sabemos lo que dicen. Basta con recordarlas una vez más, o con emplearlas como lema para nuestras empresas misioneras, o como medio de despertar el celo misionero entre nuestras feligresías.

Lo que debemos recordar y señalar es que si nos quedamos en eso, si nos hacemos la idea de que ya sabemos todo lo que el texto bíblico puede decirnos, es como si dijéramos que ese texto sale sobrando. Ya sabemos lo que dice; vayamos pues a otras cosas.

Pero no. Si es verdad que el texto de la Biblia es Palabra de Dios, entonces hay siempre mucho más que decir sobre él, mucho más que descubrir en él. O mejor dicho, siempre hay más que el texto bíblico puede decirnos.

Porque la Palabra de Dios es soberana. Porque Dios no solamente habló en tiempos antiguos, como dice Hebreos, “a los padres por los profetas”, sino que sigue hablándonos a nosotros hoy

por los mismos profetas y en todo el resto de las Escrituras. De igual manera que es imposible tener a Dios en el bolsillo, es imposible tener sabida la Escritura. Por muy fieles que seamos, por mucha teología que sepamos, Dios nos sigue sorprendiendo. Y, aunque nos aprendamos la Biblia de memoria, con todo y eso esa misma Biblia nos seguirá sorprendiendo.

Esto nos lleva a recordar algo que frecuentemente olvidamos. Hay muchísimos tratados y voluminosos libros—y a través de la historia se ha discutido mucho—sobre cómo y en qué medida fue que el Espíritu Santo inspiró a los autores escriturarios. Pero lo que muchas veces olvidamos es que hay otra dimensión de la inspiración; que lo que hace que la Biblia sea Palabra de Dios no es solamente que el Espíritu inspiró a sus autores, sino también que el mismo Espíritu inspira a sus lectores. Que el Espíritu inspira a la comunidad de fe que lee el texto bíblico para ser fiel y obediente a la voluntad de Dios. Quien lleva una Biblia cerrada bajo el brazo llevará el texto de la Palabra de Dios; pero ese texto no será Palabra para él o para ella sino hasta que la lea, y esa lectura sea inspirada por el Espíritu Santo. Hay quien usa de la Biblia para explotar a los demás, y hasta para justificar sus maldades y tropelías—como lo hizo el Diablo al enfrentarse a Jesús en el desierto. Quien así la lee no lee la Palabra de Dios. Lee, sí, palabras que fueron inspiradas por el Espíritu Santo; pero esas palabras no son Palabra de Dios para él, por cuanto la lectura misma no se hace bajo la inspiración del Espíritu Santo. Y lo mismo puede decirse de la comunidad de fe. Una iglesia que se imagina que ya sabe todo lo que la Biblia dice, que ya no tiene que hacer más que buscar uno u otro texto que confirme sus propias posturas, que ya no le permite al Espíritu que le hable con voz renovada a través del texto

sagrado, no lee ya, no escucha ya, Palabra de Dios.

Pero sin ir tan lejos, el hecho de que la Palabra de Dios siempre es libre y soberana, y que la acción del Espíritu se manifiesta no solamente en el proceso de escribir la Biblia, sino también en el proceso de leerla, significa que aun quien se sabe la Biblia de memoria jamás logrará saber todo lo que el Espíritu le quiere decir a él o ella, y sobre todo a su comunidad de fe.

Luego, el volver sobre pasajes bíblicos conocidísimos no es tarea inútil ni repetitiva, sino que es parte de nuestra constante tarea como lectores e intérpretes de esos pasajes.

Y es por eso que esta mañana les invito a que visitemos una vez más ese tan conocido pasaje que a través de los siglos ha inspirado a la iglesia en el cumplimiento de su misión: precisamente este pasaje conocido como la Gran Comisión. Si en cualquiera de nuestras iglesias le preguntamos a un grupo de creyentes qué dice la Gran Comisión, muchos habrá que podrán citar de memoria Mateo 28.19 y 20, diciéndonos: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles todas las cosas que os he mandado”.

Pero lo notable no es que tantas personas sepan estas palabras de memoria. Lo notable es que con tanta facilidad nos olvidamos de que ese versículo 19 empieza con las palabras “Por tanto”: “*Por tanto*, id y haced discípulos a todas las naciones”, etc.

Nadie empieza una afirmación con las palabras “por tanto”. Nadie empieza una conversación diciendo: “por tanto, pienso que debo tomar medidas drásticas”. Ni tampoco: “por tanto, estás equivocado”. No. El “por tanto” requiere una afirmación previa, una condición o realidad sobre la cual se basa lo que sigue. Y lo que sigue no tiene sentido sino sobre la base de lo que antecede. En los casos que acabo de citar, la primera persona bien podría decir: “la situación ha llegado a un extremo; por tanto, pienso que debo tomar medidas drásticas”. Y la segunda podría decir: “las cosas no son como piensas, por tanto, estás equivocado”. El “por tanto” sirve de conexión entre la causa y el resultado, entre la acción y su justificación.

Luego, para entender la Gran Comisión, tenemos que tener en cuenta lo que le antecede, el hecho sobre el cual se basa el “por tanto”. Y eso, ese antecedente, está claro. Jesús dice: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos...”. La Gran Comisión tiene su razón de ser, y esa razón de ser es el hecho de que toda potestad le ha sido dada a Jesús en el cielo y en la tierra. Sin eso, la Gran Comisión comienza por una gran omisión.

A través de la historia, la Gran Comisión se ha interpretado principalmente en una de tres maneras. Todas ellas son correctas y valiosas. Pero todas ellas sufren por no prestarle suficiente atención a lo que antecede: “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto...”. En otras palabras todas ellas adolecen de la Gran Omisión.

En la primera y más frecuente interpretación, la Gran Comisión se basa en que las gentes

necesitan del mensaje de Cristo. Eso es cierto, pero no es el fundamento de la Gran Comisión. Cuando la misión se fundamenta únicamente sobre esa interpretación de la Gran Comisión, cuando lo que nos mueve es únicamente lástima por quienes se pierden sin haber escuchado el evangelio, la misión puede caer rápidamente en la condescendencia, Y de la condescendencia se pasa rápidamente al racismo y al desprecio de las culturas. Si tuviera que dar ejemplo de esto, bien podría hacerlo citando algunas de las viejas historias que he escuchado aquí mismo, en Puerto Rico, acerca de las actitudes de algunos misioneros. Se nos predicaba por lástima, y luego se nos trataba con una lástima condescendiente. Lo mismo se ve en el modo en que los misioneros británicos, entendían su labor misionera como “the white man’s burden”—la carga o responsabilidad del hombre blanco.

La Gran Comisión no se basa en la necesidad—verdadera necesidad—que las naciones tienen de Jesucristo, sino más bien en el hecho de que a ese Jesucristo le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, potestad sobre quienes creen y sobre quienes no creen, sobre quienes llevan a cabo la misión y quienes la reciben. Es ese Señor poderoso quien nos envía y cuya es la misión.

En segundo lugar, ha habido quien ha decidido seguir la Gran Comisión sencillamente porque se trata de un mandato de Jesús—y los mandatos hay que obedecerlos. Cuando leemos, por ejemplo, los escritos de Guillermo Carey, vemos que para él la Gran Comisión era sobre todo un mandamiento que Jesús había dado, y que había que obedecer a toda costa. También esta

interpretación tiene mucho de verdad. Ciertamente, Jesús manda: “id ... haced discípulos”. El propio Carey pudo continuar su labor aun cuando por años no logró el primer converso porque estaba convencido de que en su labor misionera estaba cumpliendo lo que Jesús le había mandado. El tener o no tener resultados era secundario. Lo importante era la obediencia.

Pero la Gran Comisión no es solo cuestión de obedecer un mandato sin preguntarnos sobre qué se basa. Cuando se le limita a eso, se vuelve tarea seca y carente de gozo. De ahí esos “evangelistas” que se presentan con tal sequedad y amargura que en lugar de una invitación al gozo del amor de Dios, en lugar de “buenas noticias”, el evangelio parece ser asunto de funeraria. Uno de mis primeros maestros en el seminario decía que hay cristianos con caras largas, y cristianos con caras sonrientes—o, como decía él, cristianos con cara de plátano y cristianos con cara de calabaza. Pues bien, si la Gran Comisión es solo cuestión de obedecer, como un soldado obedece a un general, eso pronto resulta en cristianos con cara de plátano, en “buenas nuevas” con cara de luto.

En tercer lugar, otra interpretación afirma que la Gran Comisión se basa en nuestro propio impulso de testificar de lo que es tan importante para nosotros. Quien de veras está entusiasmado con algo, no deja de hablar de ello. No le hace falta otro motivo, sino el entusiasmo. Así, cuando vemos que un pelotero hace una cogida espectacular, queremos hablar de ella, queremos que todo el mundo la vea, llamamos al vecino para que vea el “replay”. Este modo de entender la Gran Comisión tiene la ventaja de que al menos produce testimonios, no

ya con cara de plátano, sino con cara de calabaza. Cuando hoy ando por esos campos de nuestra América, por todas partes veo iglesias que crecen como la espuma. Son iglesias en las que casi no se habla de otra cosa que del gozo cristiano—un gozo contagioso que todos quieren compartir entre sí, y con los de fuera.

Esta interpretación también tiene mucho de valor. Ciertamente, la fe cristiana es buenas nuevas, es cuestión de gozo. Es por eso que hablamos de “celebrar” el culto, de “celebrar” un bautismo y de “celebrar” la comunión. La fe cristiana es celebración de lo que Dios ha hecho, y el culto cristiano y la vida cristiana son anticipo de la gran celebración del banquete de las bodas del Cordero.

Pero si nuestra labor misionera se fundamenta solo en eso, si nuestro testimonio se fundamenta solo en eso, serán una labor misionera y un testimonio de mucho entusiasmo, pero no de raíces profundas. Nuestro crecimiento bien puede ser como la espuma. Pero como la espuma será llevado de todo viento de doctrina, y como la espuma poco a poco, pero inevitablemente, desaparecerá. El alborozo se volverá alborotos y el alboroto en algo roto.

Aunque es bueno que comuniquemos nuestra fe porque ella nos produce gozo, esa no es la base de la Gran Comisión. La Gran Comisión se basa en la declaración abarcadora de Jesús: “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra.” “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra”.

De paso, aclaremos que la frase “cielo y tierra” se utiliza frecuentemente en la Biblia—y se usaba en la antigüedad—como un modo de asegurarse de que nada queda excluido. Por eso uno de los más antiguos credos de la iglesia (el llamado “Apostólico”) dice: “Creador del cielo y de la tierra”, mientras otro (el Niceno) dice “Creador de todas las cosas visibles e invisibles”. Lo que ambos credos están diciendo es que todo es parte de la creación de Dios, que nada queda excluido de ella, que “el cielo y la tierra” son lo mismo que “todas las cosas visibles e invisibles”.

Luego, la frase misma “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” resulta casi redundante, pues comienza con una afirmación globalizante, "toda", y termina con otra afirmación igualmente globalizante: "en el cielo y en la tierra". En ello nos recuerda la afirmación de Colosenses 3.11, que "Cristo es el todo en todos".

Esa afirmación, “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”, es entonces el fundamento, la razón, de la Gran Comisión.

Pero, tristemente, es una afirmación que frecuentemente olvidamos. Olvidamos que Jesús es ya Señor del cielo y de la tierra, y nos imaginamos que su señorío depende de la iglesia, que somos nosotros y nosotras quienes vamos llevándole a nuevos lugares, para que allí también sea Señor. Pero eso no es lo que la Gran Comisión dice. Literalmente, toda potestad en todos los lugares, en el cielo y en la tierra, en la iglesia y fuera de ella, en Washington y en Moscú, en Libia y en Argentina, en la Tierra y en Júpiter, en Puerto Rico y en Santo Domingo; toda potestad le ha

sido dada al Señor resucitado que nos envía en su Gran Comisión.

Luego, el propósito de la Gran Comisión no es, como frecuentemente decimos, extender el señorío de Jesucristo, ni es tampoco llevar a Jesucristo a lugares donde antes no estaba.

Parafraseando las palabras del salmista bien podemos decir “Si subiera a los cielos, allí Jesucristo es el Señor; y si en el sol hiciera mi estrado, allí está él. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará su mano y me asirá su diestra”.

Pero esto es mucho más que una afirmación bella e inspiradora. Es también una advertencia contra un entendimiento demasiado estrecho de nuestra misión—contra un entendimiento que frecuentemente tuerce el sentido de esa misión.

Si toda potestad le ha sido dada a Jesucristo en el cielo y en la tierra, tenemos que deshacernos de la idea que esa potestad depende de nosotros, de nuestra misión y de su éxito. No.

Dondequiera que vayamos, ya Jesús es el Señor. Lo más que nosotros podemos hacer es dar a conocer ese señorío, e invitar a las gentes a reconocerlo y obedecerlo. Pero el señorío y el Señor ya están allí, se les reconozca o no se les reconozca, se les obedezca o no se les obedezca.

Y esto tiene consecuencias prácticas. Si cuando llegamos a un lugar o a una persona donde el nombre y la potestad de Jesucristo son desconocidos lo hacemos sabiendo que toda potestad le ha sido dada al Señor a quien servimos y proclamamos, esto quiere decir que la misión tiene

dos dimensiones paralelas e igualmente importantes. Por un lado, la misión tiene la dimensión más obvia, de hacer discípulos, de dar a conocer el nombre y el señorío de Jesucristo. Pero por otro lado tiene otra dimensión que frecuentemente olvidamos, y que determina el modo en que entendemos la primera dimensión. Esa segunda dimensión es que en la misión nosotros mismos, los agentes de la misión, encontramos a Jesucristo en ese otro lugar para nosotros nuevo, y aprendemos algo nuevo acerca de él y de su señorío.

Hay un pasaje en Hechos que ilustra esto claramente. Se trata de la conversión de Cornelio, en Hechos 10. Ese pasaje trata acerca de dos visiones—la de Cornelio y la de Pedro—y del encuentro entre Pedro y Cornelio. Cornelio es un centurión romano, Pedro es un apóstol—y líder entre los apóstoles. Aunque Cornelio es un hombre piadoso y temeroso de Dios, se ha criado entre paganos y sigue siendo gentil. Lo que es más, Cornelio vive en Cesarea, ciudad fundada por los romanos en la costa misma de Judea; ciudad llena de gentiles y de costumbres y templos paganos; y por tanto ciudad que los buenos judíos evitan visitar en la medida de lo posible.

En cuanto a Pedro, no necesitamos que se nos diga quién es. Es uno de los apóstoles, quizá el más respetado entre ellos, y ciertamente el que, camino a Cesarea de Filipos, primero declaró, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Pedro es el evangelista, el misionero, el que tiene el mensaje del evangelio. Cornelio es el gentil,

el pagano, el que está necesitado de ese mensaje.

Cuando de visiones se trata, cabría esperar que sería Pedro quien llevaría la delantera. Pero no es eso lo que sucede. Al contrario, en el orden del tiempo, la visión de Cornelio se adelanta a la de Pedro en un día. Cornelio recibe su visión y envía sus mensajeros un día antes, mientras que la visión de Pedro tiene lugar cuando esos mensajeros ya están casi a la puerta.

Y también en el orden de la claridad, la visión de Cornelio aventaja en mucho a la de Pedro.

El texto lo dice sin ambigüedades: Cornelio, dice el texto, “vio claramente”. Y lo que se le dice también está claro: “envía, pues, ahora hombres a Jope y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro. Este se hospeda en casa de cierto Simón, un curtidor que tiene su casa junto al mar”. ¡Las instrucciones están tan claras, que lo único que falta es el código postal!

En contraste, al día siguiente Pedro recibe su visión. Lo que Pedro ve es “algo semejante a un lienzo”. El texto griego lo llama “una cosa”. En esa cosa hay animales inmundos, y sin embargo la voz que Pedro escucha le dice: “mata y come”. “Señor, no”, responde Pedro, “porque ninguna cosa común o impura he comido jamás”. Y la voz le responde: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú impuro”. Tres veces se repite el diálogo, y a la postre la “cosa” vuelve al cielo, y Pedro queda “perplejo dentro de sí [es decir, confundido] sobre lo que significaría la visión”.

En medio de esa confusión, llegan los enviados de Cornelio y, guiado por el Espíritu, Pedro accede al llamado de Cornelio. De paso, resulta interesante notar que otro episodio en la Biblia que tiene lugar en Jope es el llamado a Jonás, a quien también Dios llama a ir a un pueblo gentil e inhumano, y Jonás se niega. Y, valga la aclaración, aunque a veces pensamos que Jonás no quería ir por miedo a los ninivitas, lo que el texto bíblico dice literalmente es que Jonás sabía que Dios es misericordioso, y que por tanto perdonaría a los ninivitas. Jonás no duda del señorío de Dios sobre los ninivitas. Jonás conoce ese señorío y, precisamente porque sabe que es el señorío de un Dios de misericordia, no le agrada, pues no quiere que Dios perdone a esos enemigos acérrimos de Israel.

Ahora, otra vez en Jope, este. Pedro, cuyo verdadero nombre es Simón, hijo de Jonás, recibe un llamado, y al menos obedece la voz del Espíritu. Pero lo hace de mala gana. Jonás fue a Nínive a regañadientes. Y cuando Simón, hijo de Jonás, sale para casa de Cornelio, tampoco va de muy buena gana. Sus primeras palabras al llegar son “Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero, pero a mí me ha mostrado Dios que a nadie llame común o impuro”. Casi podemos leer entre líneas, “si de por mí fuera, sería eso mismo lo que os llamaría”.

Sigue entonces el episodio de la conversión de Cornelio y su casa. Pedro está predicando su sermón acostumbrado, contando acerca del ministerio, la muerte y resurrección de Jesús, cuando inesperadamente el Espíritu Santo interviene, y la consecuencia inmediata es que Pedro

decide bautizar a Cornelio y los suyos. Es por eso que frecuentemente llamamos a toda esta historia “la conversión de Cornelio”.

Pero lo cierto es que en este pasaje quienes se convierten no son solo Cornelio y los suyos, sino también Pedro. El mismo Pedro que al llegar les dijo que juntarse o acercarse a ellos era cosa abominable para un judío, ahora se queda en casa de Cornelio por varios días. Aquel Pedro quien hasta entonces había pensado que el evangelio era únicamente para los judíos empieza a descubrir nuevas dimensiones en ese evangelio.

Y lo notable es que, como resultado de aquel encuentro con el gentil Cornelio, quien se convierte no es solo Pedro, sino también toda la iglesia en Jerusalén. Si seguimos leyendo en el capítulo once, vemos que la iglesia de Jerusalén no parecía estar muy contenta con lo que Pedro había hecho en Cesarea, y le pide cuentas. Pero cuando Pedro cuenta lo sucedido, toda la iglesia descubre las nuevas dimensiones del evangelio que Pedro había descubierto en Cesarea, y el texto nos dice que glorificaron a Dios diciendo ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!

Cuando Pedro va a Cornelio no va solamente a llevarle el nombre de Jesucristo e invitarlo a seguirlo, sino que, sin siquiera sospecharlo, va también a descubrir algo que antes no sabía del alcance del evangelio y del señorío de Jesucristo. Y gracias a su descubrimiento, en lo que bien podría parecer una misión a la inversa, Pedro convierte a toda la iglesia en una comprensión

más profunda del alcance del evangelio. Y no olvidemos que, sin aquella conversión primero de Pedro y luego de la iglesia, no estaríamos aquí, pues el mensaje del evangelio no se hubiera esparcido entre los gentiles. En la misión, la iglesia se convierte; y esa misma conversión le da nuevo alcance a la misión.

Esto es lo que sucede repetidamente en la historia de la iglesia. En sus mejores tiempos la historia de la expansión del cristianismo es también la historia de sus múltiples conversiones, pues al cruzar fronteras entre la fe y la incredulidad, entre la iglesia y el resto de la sociedad, la iglesia va descubriendo las riquezas inagotables del señorío de Jesucristo, no solo sobre la iglesia, sino también sobre todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.

Pero lo contrario también es verdad. En sus peores tiempos, cuando la iglesia se ha olvidado del señorío universal de Jesucristo, las consecuencias han sido nefastas. Cuando la iglesia se imagina que su tarea es expandir el señorío de Jesucristo, la misión se vuelve imperialista, y la iglesia se vuelve aliada de las empresas imperialistas y colonialistas del momento. Para dar un solo ejemplo, eso fue lo que sucedió en nuestra América: Una iglesia española segura de que la gran tarea histórica de la nación había sido reconquistar para Cristo las tierras antes perdidas a los moros, continuó esa visión convenciéndose de que la expansión colonial de España y la empresa misionera debían ir mano a mano.

En todo caso, lo importante es que veamos y recordemos que cuando Pedro se encuentra con

Cornelio no es solo Cornelio, sino también Pedro, quien aprende algo acerca de ese Señor Jesucristo a quien le ha sido dada toda potestad tanto en el cielo como en la tierra.

Esto que digo ahora en teoría lo he vivido en la realidad yo mismo. Yo me crié en la iglesia, y me sabía de memoria el bosquejo típico del sermón de evangelismo que se predicaba en esos días. Lo creía sinceramente, pero sin mucho entusiasmo, ni muchas ganas, ni mucha convicción. Hasta que un día un compañero de clase me pidió que le explicara qué era eso de ser evangélico. En respuesta, le dije lo que tanto había oído domingo tras domingo—algo así como Pedro, quien parece haber empezado a decirle a Cornelio lo que era su sermón típico. Pero, para mi sorpresa—como para la sorpresa de Pedro—¡aquello funcionó! Gracias a ese amigo comencé a tomar la iglesia más en serio, a buscar respuesta para sus preguntas, a estudiar las Escrituras con renovado interés. Y tuve que decirme a mí mismo algo parecido a lo que dice Pedro, “¡De modo que también a los gentiles...”! Mi compañero se convirtió, pero yo también aprendí mucho de la fe y del Señor en quien ya creía.

En resumen, hay dos maneras de ver la misión. Una de ellas—tristemente la más frecuente—se olvida del señorío universal de Jesucristo, y se imagina que son la iglesia y sus representantes quienes han de ir por el mundo expandiendo ese señorío. La otra reconoce que la misión misma se fundamenta en el señorío universal de Jesucristo, y por tanto no tiene pretensiones de ampliar ese señorío, sino de darlo a conocer a quienes no lo conocen y al mismo tiempo ver y reconocer cómo ese señorío se manifiesta aun en los lugares donde no se le reconoce.

Estas dos visiones de la misión tienen consecuencias importantes. Esto puede verse, entre otros muchos ejemplos, en el caso de nuestra América Latina a que ya me he referido. La inmensa mayoría de los convertidores que llegaron acá en tiempos de la conquista y colonización venían imbuidos de espíritu misionero. Venían con el propósito sincero de traer la fe cristiana a estas tierras. Pero venían convencidos de que Jesucristo venía a estas tierras con ellos, y que por tanto cuanto antes había existido en ellas no podía sino provenir de los demonios. Por eso no les preocupó destruir ciudades y civilizaciones, familias y tradiciones, arte y conocimientos. Todo ello era del demonio, y ahora que Jesucristo había llegado con los españoles era necesario destruirlo, borrarlo de la faz de la tierra, y crear acá una imagen de lo que existía en las tierras supuestamente cristianas de Europa.

Pero imaginemos lo que pudo haber sido si aquellos primeros cristianos que llegaron a estas tierras hubieran venido, no pensando que venían a implantar el señorío de Jesucristo, sino pensando que venían a descubrir cómo ese señorío se había ido manifestando aun en ausencia de los cristianos. ¿Qué habrían visto? Ciertamente, al llegar a Tenochtitlán verían la tragedia y el crimen que eran los sacrificios humanos, y que era necesario detener. Pero verían también la ciencia de quienes construyeron aquellas pirámides, aquellas calzadas, aquellos palacios. Verían y se maravillarían del modo en que el Señor de todo cuanto existe había dotado a aquella población de habilidades artísticas. Verían la exactitud de su astronomía, la belleza de sus tradiciones, de sus costumbres, de su organización familiar. Verían que, al igual que en el caso de Pedro y Cornelio, desde mucho antes que Colón se asomara por estas playas ya el Espíritu

que desde el principio se movía sobre la faz de las aguas se había estado moviendo en estas tierras hasta entonces desconocidas por los europeos y por la iglesia.

Tomemos otro ejemplo que marchó en dirección contraria. Cuando los primeros cristianos se lanzaron a proclamar el evangelio en el mundo antiguo, encontraron en ese mundo, y en las culturas y civilizaciones que lo componían, notables señales de sabiduría. Ciertamente, había mucho en esa sabiduría que contradecía lo que los cristianos sabían gracias a las Escrituras y a la revelación de Jesucristo. Lo que es más, muchos de los mejores exponentes de esa cultura se burlaban de los cristianos y hasta los perseguían. Por ello, como era de esperarse, hubo cristianos que condenaban cuando procedía de esa cultura, en la que veían el origen de todas las maldades y todos los errores.

Pero lo notable es que hubo otros que tomaron en serio lo de “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. Y tomaron también otro pasaje en el que también abundan las palabras absolutas tales como “todo” y “nada”. Se trata del Prólogo al Cuarto Evangelio, donde el señorío absoluto de Jesucristo se fundamenta en la naturaleza misma de Dios: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios. Por él *todas las cosas* fueron hechas; y sin él *nada* de lo que ha sido hecho fue hecho”.

Y luego se nos dicen dos cosas fundamentales: Primero que este Verbo por quien fueron hechas todas las cosas es también “la luz que alumbra a *toda* ser humano que viene a este mundo”. Y,

segundo, que “aquel Verbo fue hecho carne, y vimos su gloria, gloria como del unigénito Hijo de Dios”.

Aquellos cristianos de los primeros siglos, abocados a la tarea de proclamar el evangelio en medio de una cultura que en muchas cosas era evidentemente superior a la cultura hebrea donde el mensaje cristiano había nacido, tomaron esas palabras como punto de partida para reclamar como parte del señorío de Jesucristo, no solo la tradición bíblica, sino también cuanto de bueno pudo haber en la cultura circundante.

Si es verdad, como dice Juan, que el Verbo que se encarnó en Jesucristo es la luz que alumbra a todo ser humano que viene a este mundo, cabe pensar que dondequiera veamos luz en este mundo ello se debe al mismo Verbo que hizo todas las cosas, que ilumina a los humanos, y que se hizo carne en Jesucristo.

Lo que todo esto quiere decir es que dondequiera que haya verdad, dondequiera que haya razón, dondequiera que haya belleza, dondequiera que haya justicia, los creyentes en Jesucristo pueden ver la acción del Verbo que era desde el principio, y que se hizo carne en Jesucristo. O, para usar el vocabulario de la Gran Comisión, que en todo esto se puede ver que, aun aparte y hasta antes de la predicación cristiana, toda potestad en el cielo y en la tierra le ha sido dada a Jesucristo.

De paso, no cabe duda de que el Cuarto Evangelio, al comenzar como lo hace, tiene el propósito de subrayar la continuidad entre la creación y la redención. No es por casualidad que empiece exactamente igual que empieza el libro de Génesis: “En el principio”. Y luego, al decir que todas las cosas fueron hechas por el Verbo, por la Palabra, no está sino reafirmando lo que Génesis declara repetidamente: “Dios dijo, ‘sea’ ... y fue”. La Palabra de Dios es mucho más que la comunicación de Dios a los humanos. La Palabra es el poder mismo de Dios en la creación. Cuando Dios habla, Dios no solo dice, sino que Dios hace. Una vez más: “Dios dijo, ‘sea’ ... y fue”. Lo que Dios pronuncia salta a la existencia. Y, porque quien se encarnó en Jesucristo fue la misma Palabra o Verbo de Dios que habló en la creación, toda la creación le pertenece.

En resumen, cuando aquellos antiguos cristianos se presentaban ante el mundo pagano que les rodeaba, no iban a llevarles a Jesucristo; no iban a extender el señorío de Jesucristo a esos nuevos lugares. Iban más bien porque, como su Señor les había dicho a los primeros discípulos, toda potestad le había sido dada en los cielos y en la tierra, y ahora la tarea de ellos era doble: primero, dar a conocer su autoridad donde no se le reconocía, y llamar a otros a su servicio y obediencia; y, segundo, ver lo que ese Señor del universo había estado haciendo en esos otros lugares aun antes de la llegada del mensaje cristiano.

Pero volvamos al texto, “toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con

vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Puesto que el tiempo apremia, no me detendré mucho en las palabras más conocidas al centro del pasaje, que se estudian detenidamente en los comentarios, y sobre las cuales por tanto la atención tiende a centrarse. Baste un par de observaciones:

En primer lugar, es bueno notar los verbos, lo que se nos indica que debemos hacer: ir, hacer discípulos (o, usando un neologismo bastante común en nuestras iglesias, “discipular”), bautizar y enseñar. El hecho de que ese mundo fuera de la iglesia es un mundo que ya le pertenece al señorío de Jesucristo quiere decir que no le servimos solamente acá, en la iglesia, donde ya estamos, sino también allá, a donde se nos ordena ir. El “discipular” es mucho más que convertir. Es promover todo un proceso de transformación en el cual el discípulo se va volviendo cada vez más semejante a su Maestro. El bautizar no es solo lavar, sino también injertar a la persona bautizada como miembro del cuerpo de Cristo, como pámpano en la vida verdadera. No olvidemos que en aquellos tiempos se practicaba en el judaísmo el bautismo de prosélitos, por el cual los gentiles conversos quedaban injertados como parte del pueblo de Israel. Y, por último, el enseñar nos recuerda lo que he indicado ya: que al llevar el conocimiento de Cristo a un lugar donde ya él es Señor, pero se le desconoce, es también dar a conocer su voluntad, y llamar a las personas a ajustarse a esa voluntad.

Y, en segundo lugar, aquí se habla del bautismo “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. No se trata de tres nombres. Para el pensamiento de aquella época, el “nombre” es la

realidad misma de una cosa, y el poder mismo de lo nombrado. Por eso, el tema del “nombre” de Jesús no se refiere sencillamente al sonido “Jesús”—J, E, S, U, S—sino a la realidad y el poder mismo de Jesús. Por eso es importante señalar que el bautismo no es en tres nombres, sino en el único nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. O, dicho en otras palabras, lo que se nos manda no es bautizar en el nombre del Padre, en el nombre del hijo y en el nombre del Espíritu Santo, como si fueran tres nombres, sino en el único nombre, en la única substancia, del único y trino Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero pasemos al fin del pasaje, que es la otra parte frecuentemente olvidada de la Gran Comisión—o quizá deberíamos decir, la segunda gran omisión: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Si, como dije al principio, la iglesia frecuentemente ha cometido la “gran omisión” de olvidar el “por tanto” que aparece al principio de la Gran Comisión, frecuentemente ha cometido otra omisión, prestándole poca atención a lo que aparece al final: “Y yo estoy con vosotros...hasta el fin del mundo”.

(Con el propósito de subrayar la importancia de esas palabras, hace un par de años, cuando una universidad en California me invitó a hablar sobre la Gran Comisión, les di el título de “Con vosotros hasta el fin del mundo”. Y bastante me sorprendí y me reí cuando al llegar a la universidad para mis conferencias me topé con una marquesina que decía: ¡“Justo González con vosotros hasta el fin del mundo, el 9 de abril”!)

Las últimas palabras de la Gran Comisión nos recuerdan las que aparecen en el otro pasaje que frecuentemente se toma como punto de partida para el testimonio y para la labor misionera. “Y me seréis testigos...hasta lo último de la tierra”. Pero, mientras en Hechos tienen un sentido principalmente geográfico—es decir, hasta los lugares más lejanos del mundo—aquí en Mateo tienen un sentido principalmente cronológico—es decir, todos los días, cada día, hasta el último día, hasta el día mismo en que la historia del mundo llegue a su culminación.

Esto nos recuerda que la Gran Comisión tiene una dimensión escatológica. El mandato de ir, hacer discípulos, bautizar y enseñar se fundamenta en el hecho de que *ya*, toda potestad le ha sido dada a Jesús, tanto en el cielo como en la tierra, pero también en la promesa de que el día vendrá cuando ese señorío será efectivo e ineludible tanto en el cielo como en la tierra.

Pero hay que aclarar el carácter mismo de la escatología. Cuando digo que la misión de la iglesia tiene una dimensión escatológica no quiero decir que sea cuestión de miedo, pues la buena escatología—la escatología bíblica—no es cuestión de miedo, sino de esperanza.

Tristemente, no es así que muchas personas entienden la escatología cristiana. Esto se ve en el modo en que muchos interpretan el Apocalipsis. Ese libro de Apocalipsis fue escrito para darles fortaleza y esperanza a unas iglesias fuertemente presionadas por la sociedad y por las autoridades. Para recordarles que su Señor estaba con ellas todos los días, hasta el fin del mundo. Es un himno de gozo y esperanza. Esa es la razón por la cual, después de los Salmos, el

libro de la Biblia que más himnos ha inspirado es el Apocalipsis. Pero, particularmente en tiempos recientes, muchos toman ese libro escrito originalmente para infundirles esperanza a los creyentes y hacen de él un instrumento para infundirles temor a quienes no creen—o más bien, a quienes sí creen lo que esos predicadores les dicen, pero desconocen el amor, el gozo y la esperanza que son el corazón mismo de las enseñanzas y del evangelio de Jesucristo.

Tampoco es la escatología cuestión de predecir el futuro. No es cuestión de determinar si vamos por la cuarta o por la quinta trompeta, ni tampoco de determinar si la bestia es Corea del Norte, o las Naciones Unidas, o el Papa, o los demócratas, o los republicanos. La escatología no es cuestión de adivinanza, sino de esperanza. En la Biblia, Dios no nos da un rompecabezas que resolver, sino una promesa a seguir. La escatología es la certeza de que el futuro está en las manos del mismo Señor a quién le ha sido dada toda potestad en la tierra y en el cielo. La escatología es cuestión de saber que el mismo Señor que va delante de nosotros a toda nueva tierra y a todo nuevo lugar también va delante de nosotros en el tiempo, y que por tanto el futuro—el futuro último de nuestra vida y de toda la creación—no es incierto. El Señor a quién le ha sido dada potestad en el cielo y en la tierra es el mismo Señor a quien también le ha sido dada potestad todos los días, hasta el fin del mundo. El Señor en cuyas manos están los espacios siderales es también el Señor en cuyas manos está nuestro futuro.

En el entretanto, vivimos entre los tiempos. Vivimos entre el tiempo en el cual la potestad universal que *ya* le ha sido dada a nuestro Señor—potestad en el cielo y en la tierra—no es

todavía manifiesta. Todavía hay que ir. Todavía hay que hacer discípulos. Todavía hay que bautizar. Todavía hay que enseñar. Pero en todo esto el “todavía” es de importancia fundamental, pues el “todavía” implica una realidad venidera, una esperanza de lo que todavía no es, y es por tanto otra dimensión de la certeza que tenemos del día cuando lo que *ya* es evidente para los creyentes será manifiesto para toda la creación.

El Señor Jesucristo ha recibido toda potestad tanto en el cielo como en la tierra. Pero todavía hay rebelión tanto en el cielo como en la tierra. Él es Señor, pero todavía muchos desconocen su señorío—o, lo que es peor, lo reconocen pero no lo aceptan. Así, por lo pronto el señorío de Jesús es un “ya sí” a la vez que un “todavía no”. Es algo así como el señorío de David, que es rey desde el momento en que Samuel le unge; pero todavía Saúl se sienta en el trono. David es rey “ya”, pero también “todavía no”. Y, a semejanza de aquel David que *ya* era rey desde que Samuel le ungió, pero *todavía* no reinaba, así también el Señor Jesús *ya* ha recibido “toda potestad en el cielo y en la tierra”, pero todavía no todo ha sido sometido bajo sus pies. Y así, la iglesia vive entre el “ya” de la ascensión y el “todavía no” del retorno.

En el entretanto, vivimos como quienes vemos una realidad más allá de la que se ve con los ojos de la carne. Como veremos en el servicio de predicación, vivimos, no a base de lo que vemos, sino de lo que sabemos—de lo que sabemos precisamente porque el Señor a quien ha sido dada toda potestad en los cielos y en la tierra nos ha prometido estar con nosotros hoy, y mañana, y hasta el último mañana de todos los mañanas. En el entretanto vamos, hacemos

discípulos, bautizamos y enseñamos. Pero lo hacemos porque sabemos que el Señor de toda potestad en el cielo y en la tierra es también el Señor que está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

